

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Lluís Planas, monje de Montserrat
23 de agosto de 2015
Ef 5, 21-32

En estos últimos días se han multiplicado las noticias sobre mujeres, esposas, madres, que han sido maltratadas hasta la muerte. Noticias repugnantes y, desgraciadamente, noticias ciertas. Quisiéramos que esto no pasara nunca. Hoy hemos oído en la segunda lectura: "Las mujeres, que se sometan a sus maridos". Esta afirmación parece una llamada a la humillación de la mujer, sometida al dominio del marido. Y, la verdad, eso nos duele escucharlo. Nos indigna.

Leyendo esta lectura, cabe preguntarse si la Iglesia, de una forma directa o indirecta, no está subrayando una actitud que para muchos, creyentes y no creyentes, es intolerable. Evidentemente no creo que esta fuera la intención de Pablo. Puede que haya quien piense que sería más prudente no leer esta lectura en ninguna Eucaristía y así no tendríamos que escucharla y no nos sentiríamos tan incómodos.

¿No será que, tal vez, fundamentamos y emitimos nuestros juicios a partir de frases cortas que, fuera de contexto, resultan provocadoras o, cuando menos, chocantes? Porque, fijémonos, si nos quedamos sólo con: "Las mujeres, que se sometan a sus maridos", ciertamente no deja de ser inquietante.

Vamos al texto. La primera afirmación que hemos oído del pasaje que hemos leído de San Pablo nos ha dicho: "Sed sumisos unos a otros con respeto cristiano". No hay distinción de un género respecto al otro. Iría en la línea de decir: todos somos fruto del amor y el amor nos hace iguales. Y esta sumisión es por reverencia a Cristo. La mirada se dirige a Cristo. Sin embargo, ¿cómo entendemos espontáneamente la actitud de sumisión? ¿Qué hay que dejarse dominar, oprimir y ser aplastados? Si este es el sentido, me sigue repugnando. No parece que Jesús quiera esto; Él precisamente ha querido liberarnos de cualquier esclavitud. Sin embargo Pablo hace una comparación que tiene que ver más con unos valores culturales, (sólo hay que pensar con el concepto de "pater familias" de la sociedad romana en la que el marido tenía potestad sobre toda su familia), que con una fundamentación moral cuando dice, «porque el marido es cabeza de la mujer». Quizás la relación esposo-esposa hasta hace no demasiado tiempo se vivía así. Y Pablo continúa: «así como Cristo es cabeza de la Iglesia; él, que es el salvador del cuerpo». Nos habla con la imagen de la cabeza y del cuerpo. Separadamente la imagen de cabeza y cuerpo no tiene sentido, si lo que pretende subrayar es la profunda relación entre la cabeza y el cuerpo.

Quizá se trata de no quedarnos sólo con la idea de sumisión como coerción de la libertad de actuar y de pensar autónomamente, y en cambio se trata de incorporar la idea de servir para hacer crecer al otro. Es como si nos dijéramos, quiero servirte para que seas realmente tú. Y como somos una unidad de cabeza y de cuerpo, sirviéndote a ti, yo me estoy honrando. ¿No es precisamente servir lo primero que hizo Jesús en la última cena y exhortó a los discípulos a hacer lo mismo? Pienso que este es el sentido del texto de Pablo, cuando, refiriéndose a Cristo que ama a su esposa, la Iglesia, nos describe todo un ejercicio de servicio: «Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla, purificándola con el baño del agua y la palabra» y añade más adelante «sin mancha, ni arruga, ni nada semejante, sino santa e inmaculada», para concluir que este servicio es propio del esposo: " Amar a su mujer es amarse a sí mismo. Pues nadie jamás ha odiado su propia carne».

Llama la atención el que encontremos fuerte la expresión "Las mujeres, que se sometan a sus maridos" y que, en cambio, nos pase por alto la exigencia de comparar

el amor del esposo con el amor de Cristo hacia la su iglesia cuando afirma: «Él se entregó a sí mismo por ella, para consagrarla», como si la palabra amor y muerte fueran menos lacerantes y exigentes que la acción de someterse. ¿Es que hemos perdido la exigencia de lo que quiere significar la palabra amor? Quizá es que, para muchos, el amor se ha reducido a un sentimiento afectuoso y satisfactorio, sin comprometer la propia existencia hasta la muerte, hasta dar la propia vida. El amor no es una posesión con la que hago lo que quiero. El amor pide la oblación de la propia vida, como Jesús nos enseñó. Y eso es lo que se pide al marido. No se trata de dominio o sumisión sobre el otro, sino servir para honrar. En la Regla de San Benito, en el capítulo 72, y citando la carta a los Romanos 12, 10, dice que (los monjes) «se anticipen a honrarse unos a otros». De hecho esta actitud de relación la debemos tener todos. Este es el compromiso que se dan los novios cuando en la celebración del sacramento del matrimonio proclaman: Te prometo que te seré fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad y que amaré y te honraré toda la vida. Esposo y esposa viven este reto. Porque, después de todo, es el honor de Dios lo que está en juego. Unos esposos que vivan con autenticidad esta comunión de servicio por amor nos recuerdan vivamente el misterio de la relación de Cristo con su Iglesia.